En común

Patricio Flores

Capítulo 1

En común.

La discusión había sido escandalosa. Con gritos, garabatos y amenazas de golpes por ambas partes. ¿Y cuándo no? Pensaba José, encerrado en su habitación del segundo piso. Incluso a través de un largo pasillo en el primero y de la antigua escalera de madera y una puerta muy bien cerrada, todo lo que se habían dicho era completamente entendible.

Desde que tenía uso de razón que las diferencias y su expresión en tonos altos, eran algo habitual pero ahora, años después, todo había llegado a un violento punto sin retorno.

Él era el jamón de un sándwich cuyos trozos de pan eran Diego, su hermano mayor, y Gabriel, el menor. Siempre en extremos tan opuestos y él en un incómodo espacio demasiado ancho e indefinido como para aferrarse a algo con decisión.

Desde pequeños habían sido agua y aceite. El mayor siempre serio, inseguro, con pretensiones de una autoridad jamás bien expresada y de un genio demasiado bipolar. José pensaba constantemente que era Diego el que más resentía la ausencia de su padre porque era el que más lo recordaba. Se fue cuando tenía 8 y quiso llenar ese espacio en la familia. En cambio Gabriel, como buen hijo menor, abandonado al año de nacer por un padre al que no recordaba, las figuras de autoridad no le venían bien. Para él nunca hubo un reto, reconvención o mala palabra de su madre, muy suave para hacerlos, ni tampoco un consejo venido de la experiencia y expresado con complicidad y respeto por Diego, cuyos intentos de hacerlo eran a través de gritos. Así empezó todo, siendo sólo unos niños. El reprimido y el libertario.

—¿Cómo no vas a ser capaz de ordenar tu pieza? —gritaba Diego. —Es lo único que tienes y debes hacer en esta casa —agregó calentando el ánimo de su contendor.

—¿Y tú qué haces por esta casa? Claro, ahora que saliste del colegio y trabajas crees que tiene derecho de mandar aquí.

—Claro que tengo el derecho, soy el mayor.

—No, la que manda aquí es la mamá —respondió Gabriel exaltado.

José por su parte seguía escuchando desde el segundo piso, ya no desde su pieza, sino sentado en el primer peldaño de la escalera, donde se había trasladado y desde ahí podía imaginar la imagen de su madre haciendo

como que veía la TV sin inmutarse ante algo tan habitual. Pero sabía también, que debía estar con el corazón palpitando a mil y con la presión subiéndole poco a poco y peligrosamente.

—Pero la mamá está agotada de tener que decirte todos los días lo mismo al llegar a la casa luego de terminar de trabajar por ustedes.

— ¿Ah y por ti no? Agrandado, solo porque te conseguiste un trabajo de medio tiempo en una pizzería te crees más que todos, como si ella no trabajara por ti también. Ridículo, se humilde alguna vez.

—Cállate o…

—¿O qué? ¿Me vas a pegar de nuevo? Acuérdate que la ultima vez me defendí muy bien.

—Y yo no te pegué como merecías.

Esa vez a la que se referían, por suerte, no había sido frente a su madre porque de lo contrario, habría terminado con un desmayo por alza de presión.

Lo cierto es que ellos ya no tenían respeto por su figura y ella no hacía mucho porque la tuvieran, nunca lo había hecho. Era de esas madres trabajadoras, proveedoras y cumplidoras. Nunca les había faltado nada gracias a esas cualidades. Pero era suave, demasiado suave y no se imponía a nadie.

—Ya no doy más mijito. En cualquier momento se van terminar matando —le dijo a José la mañana después de la pelea y con los ojos vidriosos y la cara colorada.

José había intentado todas las técnicas de acercamiento: conversar con ellos civilizadamente, por separado y con cierto éxito porque lo escuchaban. Pero el esfuerzo se desvanecía ya que apenas se encontraban en algún rincón de la casa, el campo de batalla volvía.

Lo intentó juntándolos pero…

—No tienes opinión frente a las cosas José. Por ejemplo ¿Qué te parece que la mamá siga pagándole el dentista al “trabajador de la casa”?

—Mientras ella pueda ayudarnos a todos no veo el pro…

—Siempre al medio José. ¡Saca la voz, toma algún bando alguna

vez!

La verdad es que José no sabía cuál era su labor en esa dinámica enfermiza de sus hermanos. Sólo sabía que estaba hastiado y debía tomar alguna medida extrema. Y eso fue lo que hizo.

Lo observó por una semana, luego de hacer las averiguaciones necesarias, siempre de forma muy discreta. Tal como hacía todo. Ahora por internet, buscar información de algo o alguien era cosa de paciencia y determinación. Bastó con su nombre e indagar por distintos sitios, incluidas redes sociales, para dar con él. Haber terminado su primer año de universidad con notas más que aceptables, le dio el tiempo suficiente en ese caluroso Diciembre para hacer el trabajito detectivesco que necesitaba.

Después de seguirlo, incapaz de reconocerse en siquiera algún aspecto físico en él, y lo que lo alivió y le permitió por tanto alejarse de cualquier tipo de sentimentalismo que hubiese obstruido la misión, se pudo hacer una idea de qué tipo de hombre era.

La segunda semana fue solo para confirmarlo. Al seguir observando e incluso conversando con gente que lo conocía, sin decir quién era por supuesto. Dotes actorales descubrió que tenía.

La decisión la tomo un día martes. Lo más difícil sería la coordinación y atreverse a dar un paso sin retorno.

“Necesito pedirte un favor. Debes ser discreto, es un tema familar” fue la línea que escogió para comenzar a conversar con los amigos de sus hermanos por teléfono. Luego vendría la petición necesaria.

La cita era a las 8 de la tarde de ese viernes 21. Tanto Diego como Gabriel llegaron al bar por separado y distantes por algunos minutos. El último con 18 años recién cumplidos entró feliz y sintiéndose un adulto al lugar en el que juraba se encontraría con sus amigos.

Llamarlo bar no le parecía apropiado a José, guarecido tras unos arbustos en la plaza localizada justo al frente del tugurio. Esa era la mejor palabra y quizás le quedaba grande igual. Era un lugar de mala muerte con tragos baratos y poca higiene.

Diez minutos después llegó el hombre regordete, moreno y de frondoso pelo blanco que a esa hora de ese día, caía en mechones húmedos sobre su estrecha frente. Ingresó con el grupo de amigos de siempre.

José observó todo con nerviosismo y ante la desaparición del hombre tras las puertas del sucucho, salió de su escondite y se aproximo al lugar con cautela. Frenó en seco frente a las puertas verde desteñido de entrada y

se corrió hacia un costado para asomarse por la ventana.

Desde ahí alcanzo a ver como Gabriel y Diego, ambos con cara de pocos amigos se quedaron pasmados viendo al hombre y sus amigos sentarse en la barra. Diego le pegó un sutil codazo en las costillas a su hermano menor y le hizo un gesto con la cabeza en dirección al hombre. Gabriel lo observó a lo lejos y le luego le devolvió la mirada a su hermano mayor susurrándole algo que Diego pareció afirmar con un movimiento de cabeza.

Mientras los dos hermanos se dirigían con evidente molestia al encuentro con aquel hombre, éste súbitamente y como si lo presintiera, se volteó para verlos y esbozó una cara de sorpresa y desconcierto a los segundos. Su hijo mayor y su hijo menor estaban ahí.

Fuera del lugar, José decidió no seguir mirando más y se fue caminando con nervios pero con forzada parsimonia. La única forma de terminar con su guerra era darles un enemigo en común. Quizás era su padre. O tal vez sería él cuando descubrieran quien los había reunido en ese mugriento lugar. Estaba dispuesto a correr el riesgo.

FIN.